

Incertidumbres hispanas

La catedral de Notre-Dame se alza, majestuosa, en la Ile de la Cité. Desde lo alto de sus torres se advina el perímetro de París, tres barrios encerrados dentro de los márgenes de una muralla que se va quedando pequeña. A la derecha del río se percibe, bulliciosa, la Urbe; el barrio comercial de hoteles, comercios y viviendas majestuosas, donde el mercado central de Les Halles aglutina las idas y venidas de los parisinos. Al frente, en la misma isla, se descubre, entre un mar de casas bajas, la espigada belleza de la Sainte-Chapelle, y los perfiles de un palacio real que todavía está lejos de la grandiosidad que alcanzarán las construcciones de la monarquía absoluta borbónica. A la izquierda, cruzando el Sena, el barrio latino, donde se desparraman colegios y pensiones que albergan el incesante movimiento de la Universidad de París, una de las más vibrantes del mundo.

Si alguien estuviese en la torre de Notre-Dame, como un Cuasimodo prematuro, podría distinguir, en esta mañana fría de febrero, la llegada de un nuevo estudiante. Como todos los que recorren por primera vez las calles parisinas, parece un poco abrumado por la efervescencia de la ciudad, que

incluso a esta hora tardía late llena de vida. El hombre eleva los ojos a menudo hacia las torres cuadradas de la catedral. Pero no llega a entrar en la Ile. Llegado a cierto punto, se sumerge en el laberinto de callejas que dibujan las casas del barrio latino.

Presta atención a los grupos de estudiantes con los que se va cruzando, hasta que reconoce un idioma familiar. Se dirige a cuatro muchachos de aspecto risueño, que reconocen en él a un compatriota. Sabedores de las urgencias de un recién llegado, pues todos lo fueron en fechas no lejanas, le llevan a una posada bastante económica, donde además, le dicen, podrá encontrar otros paisanos. El hombre acepta. Aunque los jóvenes tienen ganas de hablar más, de preguntarle por las novedades de su tierra y de informarle sobre los colegios y los estudios, el hombre, fatigado, se despide en cuanto puede. Un poco desilusionados los muchachos vuelven a zambullirse en los callejones que, ya oscuros, acusan la hora tardía y empiezan a despoblarse. Se alejan, vivaces, haciendo conjeturas sobre el recién llegado. Cuando queda solo, en su pieza, se siente aliviado. Un mes lleva caminando para llegar hasta aquí. Pero al fin sabe lo que quiere hacer. Y esta vez no puede salir mal.

Es el 2 de febrero de 1528. Han pasado cuatro años y medio desde que dejáramos a Íñigo en Jerusalén, preguntándose «qué hacer ahora». Durante este tiempo ha

emprendido, una y otra vez, un camino que no parece haberle conducido a ninguna parte. Cuatro años en que ha tenido que darse cuenta de que a veces las ideas más simples necesitan concreciones muy complejas. Años hispanos, de inicios y tropiezos, de juicios y sentencias, pero también muy llenos de nombres y de vida. Ha aprendido mucho en este tiempo, y cree estar ya en marcha, pero se acerca a los cuarenta años y no puede estar eternamente recomenzando.



Desandar el camino

Cuando Íñigo sale de Jerusalén, el 23 de septiembre de 1523, le queda el consuelo de su invencible fe en que volverá. Aquí, en esta tierra bendecida, en este espacio privilegiado de encarnación, debe terminar su vida. Predicando. Ayudando a las almas. Se pregunta, mientras la pequeña caravana avanza rumbo al puerto de Jaffa, qué le está diciendo Dios con este cambio imprevisto de planes, con esta demora que no sabe cuánto ha de durar. Permanece mudo, ensimismado, incapaz de compartir la alegría de los restantes peregrinos. Estos sienten haber ganado ya, con este viaje, la bendición de Dios. Ya han cumplido sus promesas y vuelven a casa. Pero Íñigo, ¿qué ha cumplido?, ¿adónde ir ahora?

Su sentimiento es agrídulce. Le queda el gusto sereno de los ratos pasados en contemplación en estos

lugares recorridos por Jesús. Le queda la tranquilidad de sentir que es Dios, siempre, el que le guía. Pero también se lleva el desánimo que se produce cuando algo trastoca todos tus planes. Cuando te encuentras en una situación imprevista, indeciso y sin saber muy bien hacia dónde ir ahora. Desde el primer momento de su conversión, cuando rezaba durante aquella convalecencia lejana en su hogar, Jerusalén fue el horizonte, el destino seguro. Ni en los tiempos de Manresa desapareció la convicción firme de que algún día llegaría aquí para quedarse. Por eso esta inseguridad de ahora.

El viaje de vuelta es difícil y triste. El ambiente es hostil a los occidentales, como fruto de las crecientes tensiones en el Mediterráneo. Por cada villa escuchan insultos que no comprenden, algunas veces tienen que resguardarse de las piedras que les arrojan los chiquillos ante la pasividad cómplice de sus escoltas turcos. Algún jefe beduino intenta extorsionarles obligándoles a pagar por el tránsito, y a punto están de quedar retenidos. Todo esto, que angustia hasta el límite a sus compañeros, no inquieta apenas a Íñigo, sumido en una zozobra más honda.

Finalmente, el 2 de octubre llegan a Jaffa y embarcan en la nave peregrina, que les llevará de vuelta hasta Chipre. Durante este trayecto, que en el viaje de ida le resultara tan lleno de consuelo, no consigue quitarse de encima esta desazón recién sobrevenida. En Chipre dicen adiós a la nave peregrina, que no regresará a Venecia hasta el año próximo, cuando llegue el tiempo de una nueva expedición. Habrá de buscar acomodo en uno de los barcos que vuelve a Italia desde Chipre.

No resulta fácil. Ahora afronta las dificultades que no encontrara al venir. No hay un dux para facilitarle el pasaje. De los navíos que se preparan para abandonar Famagusta, el capitán del más grande, donde piensan viajar los restantes peregrinos, se niega a admitirle gratis. Por más que sus compañeros intercedan por él no logran ablandar al marino. Y como sucede en todas las épocas, el que regresa de un viaje tiene los ahorros justos para volver a casa, de modo que sus amigos no pueden pagar por él. Al fin convence al capitán de un bajel mucho más sencillo que le admite a bordo. Pasan los días en la isla, hasta que el 1 de noviembre embarcan. El primer intento de zarpar hacia Venecia es abortado por una tormenta violenta, que hunde en la misma costa el navío grande. Al fin los náufragos, rescatados del mal trago, tienen que acomodarse en el mismo barco que Íñigo. Peor suerte han tenido los pasajeros de otra embarcación turca, que se hunde también sin que haya supervivientes ¿Es un nuevo guiño de la Providencia al peregrino?

El viaje de vuelta es tormentoso. Si al venir era la calma chicha la que impedía avanzar, ahora son las galernas las que obligan al barco a atracar en varias islas durante el trayecto.

No llegarán a Venecia hasta el 12 de enero, recién comenzado el invierno. Las nieblas dan un aspecto fantasmal a la ciudad de los canales. El frío se mete hasta los huesos. De aquella primavera veneciana, de grato recuerdo, a esta austeridad invernal media un buen trecho.

Será aquí, en Venecia, donde por fin se haga la luz

para Íñigo. ¿Qué hacer ahora? Esa pregunta que lleva martilleándole en los últimos meses le inquieta. Hasta que comienza a pensar con la calma y serenidad que es más natural en él. Sigue vigente uno de los dos objetivos que han marcado su caminar: ayudar a las almas. Sea o no sea en Jerusalén, Íñigo siente que la pasión por Dios no se ha enfriado ni un ápice, y el deseo de comunicarlo y ayudar a otros a experimentar lo mismo, tampoco. Ahora bien, si quiere dedicarse a proclamar el evangelio, a despertar en los otros la misma hondura que él descubre ante el seguimiento de Jesús, la vida sacramental y demás, ¿no tendría bastante sentido hacerlo como sacerdote? Estudiará para ello.

En el mismo momento que lo piensa se siente consolado y contento. Además, ¿no será tal vez esta la forma de encontrar otras personas que compartan su deseo? Quizá se trata de eso. Tal vez Dios le quiere en Jerusalén, pero con otros. Esa idea, que alguna vez había barajado, desde los tiempos de Manresa, parece ahora cobrar vida propia. El bien, cuanto más universal, mayor. ¿No es infinitamente mejor que reúna a otros como él? Y juntos volverán a Tierra Santa. Juntos, como aquellos discípulos primeros que recorrieron los caminos de Galilea. Rebrotó el entusiasmo. Sonríe. Camina más ligero mientras cruza el puente de Rialto.

De inmediato comienza a cavilar. ¿Adónde ir? Él tiene pocas letras, tan sólo la educación infantil de la escuela de Azpeitia y la formación cortesana de los tiempos de Arévalo. Pero jamás se había planteado antes hacer estudios formales, eclesiásticos... ¿Cómo y

dónde? Una vez que tiene la idea ya está lanzado. No se engaña sobre su situación. Sabe que no está preparado para la universidad. Piensa de inmediato en Barcelona. Allá tiene buenos amigos que podrán orientarle. Tal vez desde allí se vaya a Manresa, o a Montserrat. ¿Podrán los monjes ayudarle a adquirir los rudimentos de latín que son imprescindibles para estudiar? Le parece que merece la pena intentarlo. En cuanto lo ve claro, vuelve a sentirse impaciente por partir.

Encuentra una mañana al mercader español en cuya casa se había alojado el año anterior, y este, sabedor de sus intenciones, le da algo de dinero y ropa para abrigarse. Con esos pertrechos se echa de nuevo al camino. No teniendo esta vez que bajar hasta Roma, planea atravesar la península, como siempre a pie, para embarcar en Génova.

El viaje de vuelta es una condensación de todas las características de Íñigo. Por una parte, nada más llegar a Ferrara, sus ojos, lejos de extasiarse en la contemplación de su magnífica catedral o los colosales palacios de la familia de los Este, se vuelven a los desheredados que viven a la sombra de tanta magnificencia. Conmovido por la miseria de quienes son más pobres que él, termina entregando todo el dinero recibido en Venecia en pequeñas limosnas que le granjean la devoción de los desamparados, pero le dejan de nuevo en total indigencia. Como que esto fuese un problema para él. Lo único que le preocupa de su vuelta a la familiar estrechez económica es que no tiene nada más que dar.

El trayecto entre Ferrara y Génova es digno del aventurero que algún día quiso ser. Italia es en ese momento

el escenario en el que se enfrentan Carlos V y Francisco I de Francia. En concreto es el Milanesado la región por la que disputan, y Génova está peligrosamente cerca. La línea más recta no es la más segura. Pero Íñigo tiene prisa, no tiene tiempo que perder. Por eso, aunque unos soldados españoles que le dan cobijo una noche le intentan hacer tomar una ruta más protegida, él no hace ni caso. Faltaría más. Ahora tiene una meta. Dios es su refugio. De nuevo el insensato y el genio caminan juntos en este peregrino que sabe adónde va.

Como habían pronosticado los soldados, cualquiera que le vea en el camino le tomará por un peligro. Los españoles pensarán que es un espía. Los franceses, con más razón. De hecho dos veces será detenido. La primera vez, pese a ser tratado con bastante dureza, desnudado por soldados que buscan en él algún mensaje escondido y paseado poco menos que en cueros por el campamento militar, no pierde la calma ni el humor. Cuando el capitán le interroga se hace el loco. Literalmente. Habla con palabras deslavazadas, espaciadas e inconexas. Y cuela. El capitán manda que lo echen al camino. Le dejan libre. La segunda vez que le detienen el capitán resulta ser de algún lugar cercano a Guipúzcoa, así que no sólo no le castiga, sino que le da una buena cena y le encamina, esta vez sí, hacia Génova.

Este periplo de Íñigo es digno de una novela. No falta ni siquiera una persecución, en este caso marítima. Embarca gracias a Rodrigo, otro vizcaíno a quien había tratado en la corte de Fernando el Católico, que le consigue pasaje en una galera. El barco sufrirá la asechanza del genovés Andrea Doria, que aunque pronto se unirá

a Carlos V, en este tiempo todavía lucha de parte de los franceses. Finalmente el cazador no se cobra su presa, y la galera llega al puerto de Barcelona a finales de febrero de 1524. Ha pasado poco menos de un año desde que Íñigo abandonara este mismo puerto, pensando que jamás volvería a ver el perfil familiar de la ciudad.

Barcelona. Latines, compañeros y penitencias...

El reencuentro con sus gentes es una fiesta. Cuando corre la voz de que ha regresado aparecen como por ensalmo sus viejos conocidos. Inés Pascual no cabe en sí de gozo. Juan, ya adolescente, no se cansa de preguntarle por sus aventuras. Los ojos juveniles del muchacho se abren con admiración y envidia al oír los relatos de sus andanzas por tierras lejanas. Íñigo está a gusto con estos amigos, que le ofrecen su casa para hospedarse. Acepta. Es una vivienda sencilla, como corresponde a la familia de un algodónero. De alguna manera, es para él un hogar. Tal vez cuando en su cuadernillo de ejercicios escriba sobre Betania, ese lugar en el que Jesús tenía a sus amigos y una puerta abierta cuando no lo recibían en Jerusalén, le vendrá a la memoria esta Betania barcelonesa suya. Pronto aparece también en escena Isabel Rosel, deseosa de volver a escuchar las palabras espirituales y profundas de Íñigo, el que le habla de Dios.

Lo que les cuenta acerca de su forzado retorno les provoca una mezcla de contento y tristeza. Pena porque intuyen lo que el fracaso le ha dolido a Íñigo, que tantas esperanzas tenía puestas en esa vida peregrina en Tierra

Santa. Alegría por tenerlo de vuelta, porque están seguros de que puede hacer tanto bien en estas tierras, con ellos...

«¿Qué vas a hacer ahora?». Al fin la pregunta, acompañada de mil sugerencias. Íñigo ha meditado mucho durante las largas jornadas de viaje. «Estudiaré. Creo que podré ayudar bien a los otros siendo sacerdote, y hay muchas cosas que tengo que aprender». Una decisión que es recibida con poca sorpresa. Isabel Rosel se entusiasma pronto. Ella conoce a un joven bachiller que seguro que está dispuesto a darle clases. Y por supuesto está dispuesta a correr con los gastos y lo que sea necesario para su sustento. Íñigo tiene todo solucionado: casa, estudios, sustento... Pero, no debería sorprendernos a estas alturas, tiene otros planes. Lo ha pensado bastante. Irá a Manresa, donde está seguro de que uno de los monjes que le confesaba cuando vivió allí puede darle buena formación. ¿Tira de él un cierto deseo de volver a este lugar donde Dios le tocó de una forma tan honda? Ciertamente Manresa es para él un lugar cargado de significados.

Su partida, aunque sea a un lugar cercano, produce cierta decepción a los suyos. Otra vez despedirse de él... Es cierto que Manresa está vecina, que están seguros de que le verán de vez en cuando, pero no deja de ser una separación. El trayecto de Íñigo, desandando el camino recorrido tiempo atrás, le trae memorias de aquellos meses que transformaron su vida. Desde entonces siente esta familiaridad con Dios, que le acompaña, le consuela cuando menos se lo espera. Le va conociendo más. Todo su trayecto es una acción de gracias por esa pre-

sencia, y un ofrecimiento del rumbo que va tomando su vida. Sin embargo le espera una nueva contrariedad. El monje al que quiere encomendar su educación murió el invierno pasado. Se ve que la opción barcelonesa es la mejor. Así que finalmente se instala en Barcelona, en la casa de Inés Pascual, y comienza un período relativamente tranquilo en su vida, si se puede hablar de algo así en esta intensa existencia de Íñigo.

Tras dos años de movimiento vendrán ahora dos años de «estabilidad» y estudio. Ahora bien, no nos imaginemos a un Íñigo plácido y sosegado, dedicado únicamente a los latines. El maestro Jerónimo Ardevol le enseña en el liceo barcelonés. Con él comienza Íñigo a aprender el latín que sabe imprescindible para los estudios eclesiásticos. Simultanea esta actividad con una intensa vida apostólica. Quiere ayudar a otros. Quiere comunicar a este Jesús a quien siente y trata como un amigo. Así se van acercando a él personas muy diversas, de todos los estratos sociales. En esas conversaciones se gestan vínculos profundos con gente que, mucho tiempo después, seguirá recordando a Íñigo. Muchos hombres, y especialmente mujeres, hablan con él. Íñigo suele despertar en los otros el hambre de Dios y el entusiasmo por la vida espiritual. Empieza a compartir su experiencia espiritual manresana.

El germen de los ejercicios ya está actuando, y pronto tiene compañeros. Otros hombres que se sienten entusiasmados con su proyecto, un horizonte que perciben también como algo que puede dar sentido a sus propias vidas. Ahí, en esa capacidad de contagio, asoma

la dimensión más carismática de Íñigo que empieza a dejar vislumbrar el líder que siempre ha sido. Calixto de Sa, Juan de Arteaga y López Cáceres serán los primeros compañeros de Íñigo. Los primeros que se unen a una causa que está lejos de perfilarse bien, pero que empieza a dejar adivinar algunos contornos: varios, juntos, compartiendo una espiritualidad que el propio Íñigo les transmite, y una misión... Por ahora basta.

No se limita Íñigo a los estudios y las conversaciones espirituales. Por supuesto, sigue teniendo una intensa vida de oración. De hecho, de nuevo se encontrará con una treta que ya descubriera en Manresa, en aquellas noches en que el aparente consuelo espiritual le impedía dormir. Esta vez la falsa consolación le llegará en clase. Allá, cuando está sentado en un banquillo, tratando de seguir las lecciones del maestro Ardevol, rodeado de chiquillos, ¿cómo no distraerse? ¿Cómo no se le iba a hacer dura y exigente la disciplina del aprendiz? ¿Y qué mejor que abstraerse en honda meditación? A costa de declinar *amo-amas-amare* se eleva a las dimensiones místicas del amor. Esas y otras asociaciones similares le elevan a las alturas y le impiden concentrarse. Como sus distracciones son espirituales y enormemente consoladoras, se deja llevar, hasta que se da cuenta de nuevo de que no pueden ser de Dios. Porque empieza todo muy piadoso y muy devoto, pero al final, la consecuencia es que ni aprende, ni estudia, ni avanza. Íñigo entonces se dice: en las cosas de Dios, el principio, el medio y el fin es bueno. En las que no son de Dios, el principio y hasta el medio pueden ser muy buenos, y sin embargo termina uno donde

no quería. Así descubre el engaño de este misticismo inoportuno. Y, como suele hacer, desde ese momento lucha con todas sus fuerzas contra esas distracciones escolares. Incluso pide al maestro, sorprendido por la disposición de este estudiante peculiar, que le exija todo lo posible y no le permita perder el tiempo. Y ya sabemos que la fuerza de voluntad de Íñigo es mucha, así que al fin aprovecha las lecciones.

Cuenta también que en esta época, sintiéndose bastante fuerte y sano, retoma la seriedad de sus penitencias. Relata él mismo que agujerea sus zapatos, para andar menos cómodo, hasta que casi va con los pies descalzos. Es algo que ya hemos advertido en otros momentos en su itinerario, y que puede producirnos cierto desasosiego o incomprensión al mirar a Íñigo. ¿Por qué hace esto? Pasar frío, ir descalzo intencionalmente, provocarse cierto dolor físico... ¿Qué sentido tienen esas prácticas que llamamos ascéticas, con las que uno, de alguna manera, se exige, se pone en situaciones límite, de un modo muy riguroso con uno mismo? Nos resulta difícil de entender. Especialmente si, en una lectura gruesa de lo que está detrás, caemos demasiado rápido en interpretarlo con categorías inapropiadas. Por ejemplo, hay quien habla de masoquismos religiosos... ¡Nada más lejos de estas prácticas! No hay aquí ninguna recreación en el dolor, ni ciertamente búsquedas de placer o similares. ¿Qué hay, entonces?

Como todo en su vida, especialmente desde Manresa, Ignacio quiere vivir cumpliendo la voluntad de Dios. Y al tiempo sabe que, a la hora de escuchar,

comprender y vibrar con esa voluntad expresada en el evangelio, uno tiene mucho que luchar. Porque el amor, la caridad, es hermoso, pero no es fácil. El amor al prójimo no es un juego ni un accesorio, ni es una fiesta perpetua, sino algo tan esencial que es al tiempo don y tarea, exigencia y regalo, cruz y resurrección. Ese amor Ignacio lo descubre en Jesús pobre y humilde, el del pesebre y los caminos... Y también descubre que, a la hora de dejarse seducir por esta lógica evangélica hay muchas dinámicas que nos entran, nos inquietan y de algún modo a veces nos ciegan. Somos, cada uno a nuestro modo, un campo de batalla. Tenemos resistencias. Un yo a veces excesivamente abultado se convierte en barrera que nos impide ser alcanzados por Dios, y abrimos a los otros.

De ahí la necesidad de abnegación. Que no es negarse a sí mismo, sino sobre todo afirmar al Otro. Abnegación es otra palabra que nos asusta. Y nos debe asustar si la entendemos como una anulación de la propia identidad, como una forma de perfeccionismo moralizante o como un puro voluntarismo. ¿De qué se trata entonces? En un mundo a veces excesivamente ego-centrado, se trata de recordar que la única afirmación válida no es la de uno mismo. Abnegarse es la cruz de la moneda. Afirmar algo –Dios y el prójimo– es la cara. Abnegarse es dejar que disminuya un yo que, si se infla demasiado, me cierra a Dios y a los otros. Todos conocemos gente tan llena de sí que nada más cabe. Abnegarse es, en realidad, afirmar a los demás y al Dios que nos vincula a los otros tanto como a uno mismo.

Las prácticas ascéticas, tal y como las entiende y vive Ignacio, son el intento de domar la propia voluntad, de exigirse, para ser libre en el seguimiento. Visto desde el presente, aún nos inquieta y nos hace fruncir el ceño el ver cómo concreta eso. Nos parece inquietante esa opción que implica dañarse. Hoy, sin duda, los acentos son diferentes. Probablemente las concreciones también han de variar. No compartimos un tipo de prácticas, que nos chocan y tal vez nos disuenan, especialmente lo que tiene que ver con ese dolor forzado. Seguramente preferimos insistir en las batallas que ya trae la vida, y reconocemos que tomarlas en serio, y no huir de ellas, implica suficiente sacrificio. Pero, en todo caso, seguimos valorando la necesidad de una austeridad que nos abra a la verdadera riqueza, una sobriedad que nos abra a la verdadera plenitud, una parte de renuncia que nos ayude a afirmar lo que merece la pena, y una abnegación que nos abra al evangelio. Que es al final de lo que se trata.

Cuando miramos aquel universo de prácticas de Íñigo, hoy dejamos de lado aquello que, propio de una época y contagiado por una mentalidad, ha quedado ya superado. Pero podemos mantener la capacidad de mirar afuera, de apostar, afirmar y valorar lo otro. Aunque a veces nos resulte exigente y arduo. Esa capacidad que Ignacio describió, magistralmente, cómo salir del propio amor, querer e interés.

Y así van transcurriendo las semanas, los meses, la sucesión de las estaciones que van marcando con su regular cadencia el paso del tiempo. Dos años pasa

Íñigo en Barcelona hasta que considera que ya tiene la suficiente base para marchar a estudiar a la Universidad. Ardevol le da el visto bueno. Íñigo, inseguro en los latines, se hace examinar por partida doble, por el bachiller y, más tarde, por un doctor en teología. Está decidido a estudiar y llegar a ser sacerdote. No sabe qué hará después. ¿Entrar en alguna orden religiosa? Debería ser una reformada, se dice a menudo. Una donde pueda ir con estos compañeros que va juntando. Pero, ¿no es más evidente el propósito de ir a Tierra Santa? ¿No es esto lo que Dios sigue poniendo en su corazón? Tiempo tendrá para ver cuál es la voluntad divina. Por ahora, hay que prepararse.

Con sus examinadores también se asesora acerca de los siguientes pasos que debe dar. ¿Dónde estudiar ahora? Los dos le recomiendan Alcalá. A Íñigo le parece una elección válida. Allí se formará, al tiempo que siga ayudando a las almas. Allí estudiará. Al fin podrá ordenarse.

Sus compañeros están decididos a marchar con él. Por vez primera tiene la experiencia de echarse al camino sabiendo que no está solo. Aunque se irán en fechas distintas, cuando Íñigo deja Barcelona y a sus gentes, en marzo de 1526, sabe que pronto Calixto, Cáceres y Arteaga seguirán sus pasos. De nuevo le tenemos por los caminos de España. Por rutas familiares que tal vez un día recorrió en el séquito de Velázquez de Cuéllar. Ahora las recorre esa estampa, ya familiar, del peregrino. Menudo, con una cojera casi imperceptible, caminando rápido. Infatigable.

Alcalá de Henares. Tiempo de sospechas

La ciudad a la que llega Íñigo, y pronto Calixto, Cáceres y Arteaga es un hormiguero de efervescente vida académica. Cuando el cardenal Cisneros fundó la universidad, comenzando el siglo XVI, Íñigo era apenas un niño inquieto que corría y vivía despreocupado en el valle de Loyola. Desde entonces, al tiempo que el niño se convertía en joven, y el joven en hombre, y el hombre encontraba a Dios tras perderlo todo, la Universidad también crecía. Impulsada por el mecenazgo del cardenal humanista, la idea tomó forma. Las clases comenzaron, especialmente orientadas a lo literario, filológico, filosófico y teológico. Maestros como Nebrija y proyectos como la *Biblia Políglota* van dando renombre a Alcalá. Una universidad renacentista, moderada, humanista, universal, que favorezca las nuevas ideas de una forma crítica y que promueva la reforma espiritual de una Iglesia muy necesitada de ella. Un lugar de revisión y discusión sobre las diatribas de Erasmo, que restallan como un látigo en la Europa católica. Un espacio para un saber abierto al futuro. Ese es el sueño de Cisneros, y es esta ciudad pujante y viva la que va a acoger a un Íñigo ansioso por formarse.

Encontrar acomodo en Alcalá no es fácil. De nuevo la pobreza pesa. Por eso su primer techo será el del hospicio de los pobres, y pasará los primeros días mendigando. Sin embargo, entonces, como ahora, algunos necios juzgan y condenan rápido. Un hombre aparentemente sano y limosneando resulta insultante para un grupo de jóvenes, entre otros un clérigo, que

viendo a Íñigo pedir empiezan a insultarlo y a burlarse de él. «Anda, holgazán, vete a engañar a otros». «Patán pedigüeño, ¿no ves que en esta ciudad sobras?». Íñigo calla.

Pero el episodio resulta al fin una bendición para él. Toda la escena la ve un hombre que se conmueve por la digna mansedumbre del mendigo. Conversando con él, y sabiendo de su intención de estudiar, le ofrece un aposento y cubrir sus gastos en el hospital de Antezana, del que es encargado. Íñigo se encuentra así en condiciones más que favorables para lanzarse al estudio de las *Sentencias* de Pedro Lombardo, la Física aristotélica y los *Términos*. Pronto llegan sus compañeros desde Barcelona. Un joven de origen francés, Juan de Reinaldo, se une al grupo: Parece que las circunstancias son favorables para Íñigo y los suyos.

Sin embargo el año y medio que pasan en Alcalá resultará tiempo bastante desaprovechado. Dos son las razones fundamentales. En primer lugar, Íñigo no consigue aparcar un poco su actividad pastoral. Es algo que le quema, y en cuanto encuentra personas que se sienten inquietas y entablan conversación, ya está enganchado en relaciones que hoy diríamos de acompañamiento, ayuda, clarificación y formación. Es algo especialmente buscado por muchos en esta época de luces y sombras, en la que tantas voces diversas confunden a las personas de espíritu inquieto. Dedicar mucho tiempo a la plática con otros, a quienes busca ayudar a reformar su vida, iluminar en cuestiones de religión y de costumbres.

Algo tienen los integrantes de este singular grupo, y especialmente su líder, que atrae a la gente. Muchos

estudiantes los conocen. Y en la ciudad se empieza a hablar de ellos como los «sayales grises» por su hábito común. De nuevo, como ya le ocurriera en Barcelona, se encuentra Íñigo acompañando a personas de muy diversos rangos sociales. Ricos y pobres. Hombres y mujeres. Formados e iletrados. Desde el editor Miguel de Eguía hasta estudiantes que se acercan a menudo a hablar con él. Uno de los muchos hermanos del editor, Diego de Eguía, hospeda en su casa a los compañeros barceloneses de Íñigo. ¿Es posible que se cruce alguna vez con Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Nicolás de Bobadilla, Jerónimo Nadal u otros que, en el futuro, van a ver sus vidas transformadas por el contacto con Ignacio? No lo sabemos. En la ciudad están. Pero aún no convergen los caminos de estos hombres, que por el momento sólo se cruzan, acaso sin verse todavía.

Íñigo da los ejercicios de diversos modos. Y esto toca la vida de la gente. El encuentro con el evangelio lleva a las personas a querer cambiar sus vidas, a veces de modo imprudente. Tiene que convencer a una mujer noble y a su hija para que no se echen a los caminos, como él, en severa peregrinación. Después de ver a la atractiva muchacha, y recordando aquella otra experiencia con madre e hija en los caminos de Italia, les recomienda alguna devoción un poco menos expuesta. Otros le hablan de espíritus que les poseen. Hay quien le consulta sobre prácticas de vida cristiana... Como en todas las épocas, la diversidad y complejidad de las personas es enorme. El caso es que Íñigo dedica mucho tiempo a esto. Tiempo que, evidentemente, no dedica a los estudios. Y aunque se da cuenta de ello, por otra

parte no encuentra el modo de salir de esa espiral de actividad.

A esto se une un segundo problema que, a la larga, va a resultar bastante más grave. El caso de Íñigo no es único. Hay en ese contexto de tal dinamismo espiritual muchas personas que hablan acerca de cosas de Dios. Y muchas, como él, sin tener aún una formación académica rigurosa. Son abundantes los casos de Alumbrados, una corriente de pensamiento y vida espiritual que está severamente perseguida por la Inquisición, pues muchas de sus afirmaciones contradicen abiertamente posiciones católicas, y no está el horno para bollos en el agitado panorama religioso europeo. Cuando se oye hablar de las actividades de Íñigo y sus compañeros, pronto la sospecha comienza a rondar. ¿Serán estos alumbrados? Si no tienen estudios, ¿de qué hablan a la gente? ¿Qué enseñan? ¿Qué prácticas recomiendan? ¿Están corrompiendo a algunos de los jóvenes más brillantes de la universidad con doctrinas perniciosas? No es de extrañar que pronto la Inquisición empiece a tratar de encontrar claridad.

La consecuencia de esto será el encadenamiento de tres juicios que terminan sacando de quicio a Loyola, e impidiéndoles desarrollar su labor apostólica. Juega un papel destacado aquí el Vicario General del arzobispado de Toledo, don Juan Rodríguez de Figueroa. Tras la primera investigación, entre noviembre y diciembre de este año 1526, no se encuentra problema en ellos, pero se les pide que cambien sus hábitos, o que no todos vistan igual, pues eso hace pensar que son un grupo constituido, con algún tipo de oficialidad, y puede dar

lugar a confusión. Íñigo se desespera. Pero, «¿se nos ha encontrado herejía?». «Si se os juzgase herejes os quemarían», afirma solemne Figueroa. «También a usted le quemarían si le declaran hereje». Íñigo, como se ve, no se amilana ni se muerde la lengua. No hay nada erróneo en lo que propone. Es innecesaria toda esta historia. De cualquier modo, aceptan cambiar sus hábitos. Adiós a las sotanas grises.

Tres meses durará la tranquilidad. La devoción excesiva de algunas mujeres lleva a Figueroa a investigar de nuevo en marzo de 1527, pero tras interrogarlas descubre que las enseñanzas que reciben por parte de Íñigo no pueden ser más ortodoxas. Este fuego se apaga sin apenas llegar a encenderse.

Sin embargo, aquella mujer noble que quería echarse al camino con su hija va a ser la causa del mayor problema para Íñigo. Se llama María del Vado, y finalmente se ha marchado, con su hija Luisa y una criada, Catalina, a pie a la Verónica de Jaén, un santuario donde la devoción popular reconoce el pañuelo con que Verónica enjugara el rostro de Jesús. Han desaparecido. Hay quien habla de que se han ido en peregrinación, y quien, entre los suyos, señala a Íñigo como el instigador de algo que parece insensato para mujeres solas. Y esta va a ser la causa del tercer juicio, incluyendo esta vez el encarcelamiento de Íñigo. Él no tiene ni idea de esta historia. Hace tiempo que dejó de hablar con estas mujeres, y en todo caso, había intentado disuadirlas de ese proyecto desmesurado. Sin embargo su encarcelamiento, el Viernes Santo, 19 de abril de 1527, es por esta causa, aunque a él no le dan ninguna explicación.

Le interrogan, vagamente, sobre sus actividades. Sólo tres semanas después le plantean el verdadero motivo. Íñigo, por supuesto, niega haber instigado a estas mujeres. Figueroa, que parece bastante amigable, se alegra y quiere creerle. Pero devuelven a Íñigo a prisión hasta que retornen las peregrinas (si es que vuelven) para que ellas confirmen la historia. Así que mientras toda España festeja el nacimiento de Felipe, hijo de Carlos V, que algún día, como Felipe II, poseerá un Imperio, Íñigo pasa los días encarcelado. Eso sí, en una prisión relativamente confortable, visitado por incontables adeptos que no dejan de pedirle consejo, claridad y doctrina.

Posiblemente le molesta la sospecha. Le incomoda el juicio. Le preocupa que esto se convierta en un obstáculo para su proyecto de ayudar a las almas. Después de todo, no es ciego, y sabe que hay por ahí mucho iluminado pronunciando sermones chocantes y promoviendo prácticas extrañas. Le duele ser confundido con cualquiera de ellos. Y aquí se da cuenta de que no es su orgullo lo que está en juego, sino su misión. Por eso en algunos momentos de reflexión, solo en su celda, se enfada. No quiere ser tachado de alumbrado ni comparado con personajes de extraña espiritualidad, a veces abusiva.

Calixto, recién llegado de Segovia, viene a verle y se encarcela con él. Íñigo se siente agradecido por su fidelidad, pero preocupado por su compañero. Él no tiene miedo a la soledad, pero, ¿cómo hacérselo entender a este muchacho, impulsivo y de corazón noble? Una oportuna enfermedad de Calixto resuelve el problema,

pues Íñigo le convence para volverse al hogar de Diego de Eguía, donde podrá restablecerse.

Finalmente regresan las peregrinas y confirman punto por punto la declaración de Íñigo. Es liberado, y el 1 de junio se emite una sentencia acerca de su forma de actuar. Aunque no se encuentran motivos para cuestionar sus prácticas, se les exige vestir como los restantes estudiantes de la universidad; y, peor todavía, se les prohíbe hablar y enseñar en cuestiones de fe durante cuatro años.

Podemos imaginar el enfado de Íñigo. Su temperamento sigue siendo recio. Discute, intenta razonar. Las explicaciones de Figueroa ni siquiera le hacen mella. El vicario, visiblemente incómodo, intenta calmarle. Hasta les ofrece costear las ropas de estudiantes, algo que Íñigo y los suyos aceptan, pensando que la dignidad ofendida no está refida con el sentido práctico. Si son estas autoridades las que les obligan a vestir así, que sean ellos los que proporcionen el traje. Pero que no piense Figueroa que con esa palmadita en el hombro le va a contentar. Íñigo no comprende a qué obedece la prohibición, si no han encontrado en ellos nada erróneo. Y ante la injusticia no piensa ceder. Obedecerá, porque es lo que siempre hace con aquello que viene de una autoridad eclesiástica y, por tanto, no hablará de cuestiones espirituales en Alcalá. Pero no piensa permanecer en Alcalá ni un minuto más de lo necesario. Está dispuesto a ir al arzobispo de Toledo para dejarle claro su malestar.

Figueroa lo lamenta de veras. Respeta a Íñigo. Ha aprendido a admirarle y a valorar su honestidad en estos meses de exámenes y juicios, pero por otra parte se ve

sometido a tantas presiones, hay tantos planteamientos que están en límites muy delicados y tanta gente espera un tropiezo que le haga perder su propia posición, que respira con alivio cuando al fin termina la discusión.

El arzobispo Fonseca está en Valladolid, y allá se encamina Íñigo unas semanas después de la sentencia. En la ciudad bañada por el Pisurgra, y conmocionada todavía por los fastos del nacimiento de Felipe II se encuentran reunidos los más importantes teólogos del momento y las principales autoridades eclesiásticas, dispuestos a discutir acerca de la doctrina de Erasmo. Íñigo llega a finales de junio y consigue audiencia con Fonseca. El arzobispo le escucha, y hasta parece comprenderle, pero no está dispuesto a desautorizar a su Vicario. Así que les ofrece ayuda para que estudien en otra universidad. «Allí empezaráis de nuevo. Sin prejuicios. Sin sospechas». Íñigo acepta. Ya había pensado en Salamanca y, de hecho, allá esperan sus compañeros. Fonseca promete a Íñigo acomodo y protección, y le da algo de dinero, para que pueda comenzar cuanto antes esta nueva etapa.

Salamanca

Pese a la prometedora perspectiva que abre la protección del arzobispo, tampoco la ciudad del Tormes será benévola con Íñigo y los suyos. El ambiente de sospecha y de inquietud ante las nuevas corrientes de pensamiento se ceba en la ciudad castellana como lo hiciera en Alcalá. En su Universidad, centro teológico de primer orden, enseñan figuras como Francisco de Vitoria, y

en sus aulas se preparan personajes que alcanzarán la talla intelectual de Melchor Cano. Ambos están en este momento en Valladolid, participando en las discusiones sobre el erasmismo. El miedo a la herejía abre muchos oídos, atentos a cualquier manifestación que pueda resultar ambigua o intrigante.

Desde puntos muy lejanos de la geografía hispana llegan estudiantes para obtener aquí la preparación eclesiástica. Por sus callejas, a las que monumentales edificios de piedra arenisca van dando un aspecto característico, se mueve Íñigo. Tal vez se detiene a admirar la original construcción de la catedral nueva, que desde hace diez años empieza a levantarse adosada a la vieja catedral románica. Al entrar en esta, para rezar, no se imagina que en unos días estará encerrado en su torre que sirve de prisión eclesiástica. En realidad su mente está ocupada, meditando sobre los últimos episodios. Se da cuenta de que no tiene el mismo entusiasmo con el que comenzara sus días alcalaínos. Le duele este año y medio perdido. Tiene ya 36 años. Va haciéndose mayor. A su edad otros muchos han dado tantos pasos... Él no exige. No recrimina. Acepta que Dios le vaya guiando, aunque a veces no comprende qué pasa, y en algún instante una sorda rebeldía se remueve en su interior. Confía en Dios, pero le enervan los hombres necios. Le duele la injusticia cometida. Hasta ahora todo han sido buenas palabras y ninguna condena sobre su enseñanza, pero al fin lo único firme han resultado ser las prohibiciones. «¿Qué quieres, Señor?». Se pregunta por qué tantos obstáculos en su camino hasta esa Jerusalén que sigue apareciendo tan lejana.

Le saca de sus meditaciones un rostro vagamente familiar. Íñigo no consigue identificarla, pero la mujer ha reconocido en este hombre que reza al extraño maestro de gentes de Alcalá, donde ella vivía antes. No le ha sorprendido encontrarle aquí, pues ya días antes ha visto a los otros compañeros. Incluso sabe dónde se alojan. Se ofrece a llevarle hasta ellos. Íñigo acepta. El reencuentro es alegre. Les comunica el resultado de su gestión con el arzobispo Fonseca. Ninguno esperaba que revocase la sentencia alcalaina desautorizando a su propio Vicario, así que el relato de su benévola acogida y de su cercanía les tranquiliza. Íñigo parece el menos entusiasmado de todos. Tal vez, a su edad, empieza a comprender que los planes que uno hace son a menudo desbaratados por las circunstancias.

Apenas tienen tiempo para organizar sus clases. La mujer de Alcalá ha hablado de ellos a amigos y conocidos que vienen pronto en su búsqueda, ávidos de conversación, de formación, de alguien que pueda ayudarles. Así que ya está de nuevo el grupo dedicado a una labor apostólica por la que parece haber verdadera sed. Predicando, hablando, educando a mayores y niños. Tal vez empieza ya Íñigo a preguntarse quién de estos interlocutores está preparado para asomarse a los ejercicios espirituales, que cada vez va perfilando más... «Quizá —empieza a ilusionarse—, sea aquí donde hemos de prepararnos».

Por supuesto no descuida su vida sacramental y, como hace siempre que llega a una ciudad, busca a un confesor. El convento de los dominicos es el lugar elegido. En la monumental iglesia de San Esteban

encuentra Íñigo la palabra y el consejo de un viejo fraile. No se sorprende cuando este le invita a comer con la comunidad. Está habituado a compartir la mesa con gente benévola interesada en la conversación espiritual, y cuando el fraile le plantea que sus compañeros de convento le quieren conocer, acepta con humildad y calma.

Es el inicio de un nuevo proceso, y el que precipitará finalmente a Íñigo a tomar una decisión drástica. La comida, un domingo, resulta ser una encerrona. Tras el postre pasan a una capillita Íñigo, Calixto, que le acompaña, y algunos monjes más, entre ellos el subprior dominico. Rápidamente el diálogo toma el cariz de un interrogatorio. Íñigo, que se da cuenta de la intención a la tercera pregunta, siente el hastío de una situación que le resulta desgraciadamente familiar y se refugia en un digno mutismo. Se niega a decir una palabra más. La consecuencia de ello es que, con un tono bastante insolente, se les ordena quedarse en el convento, encerrados en esa misma capilla, esperando que se clarifiquen algunos puntos. Íñigo y Calixto se arman de paciencia y aceptan la situación sin una mueca. Transcurren los días. Bastantes dominicos se acercan al oratorio convertido en provisional prisión para hablar con ellos. Es una situación extraña. Muchos de los frailes, cuando se marchan, lo hacen convencidos de que es una necesidad tener aquí encerrados a estos hombres, que no parecen sostener ninguna doctrina herética. Más bien dan la sensación de ser hombres de Dios. En el convento hay división de pareceres.

Tras tres días de encierro un alguacil los lleva a la cárcel, situada en el torreón de la catedral vieja. Allá los encadenan en un cuartucho destartado, en un piso alto. Íñigo no se inmuta. Las cadenas, la prisión, el encierro por haber compartido el evangelio. ¿No es en el fondo lo que le ocurrió al mismo Jesús? Íñigo siente un gran consuelo, que contagia a Calixto. La gente que los conoce se encarga de que se amueble el cuchitril con cierto decoro. A la cárcel siguen viniendo a hablarles.

El interrogador esta vez resulta ser un bachiller llamado Frías. Tampoco parece agresivo, ni en su lenguaje se advierte animadversión alguna. Sólo se trata, les deja ver, de clarificar las cosas. Le pide directamente los papeles de los ejercicios, para ver si hay en ellos algún error. Localizados el resto de los compañeros, Cáceres y Arteaga son encerrados en el calabozo del piso inferior. Sólo Juan, tal vez por su juventud, es dispensado de la prisión.

Y así transcurren las semanas. Tiempo que Íñigo aprovecha no sólo para continuar sus conversaciones con gentes que le visitan, sino sobre todo para analizar su propia situación. No lleva ni un mes en Salamanca, y ya están así las cosas. ¿Qué puede resultar de todo esto? ¿Va a producirse también aquí una cadena de juicios? Por la cabeza no le pasa ni por un momento que pueda haber una condena seria. Está seguro de que la doctrina que predica es segura. Pero, ¿de qué serviría hablar de su experiencia manresana? Sólo terminaría granjeándole miradas incrédulas y suspicacias. Por otra parte, en algunos momentos comprende la posición de gente como Frías o Figueroa. También él ha sabido

de lunáticos que afirman tener visiones y no son más que gente que engaña a otros, o bien se engañan a sí mismos. Por todo eso se siente entre la espada y la pared. Tiene que estudiar si quiere que le dejen en paz. Un título le abrirá muchas puertas, le hará creíble. Y esa credibilidad resulta imprescindible si quiere ayudar a las almas. Y, por otra parte, ¿no es un obstáculo este incesante goteo de gentes ávidas de conversación y guía? No toda la culpa de lo que le pasa es de jueces e inquisidores. ¿No tiene él también una parte de responsabilidad en esta lentitud, por la manera en que se le va el tiempo en ayudar a los otros? ¿Tal vez debería retirarse un poco? A veces, en orden a ayudar bien, hay que tomarse un tiempo para la preparación... ¿No habrá estado queriendo hacer demasiadas cosas a un tiempo? Quiere dedicarse al cuidado de otros, sobre eso no le cabe la menor duda. Pero, ¿es posible que deba hacerlo de un modo distinto?

Una y otra vez da vueltas a estas cuestiones. Habla con Calixto a menudo, pero el muchacho, atolondrado y algo ingenuo no le ayuda mucho a clarificar. Es un buen compañero, pero también es joven, y muchas de estas inquietudes le resultan todavía ajenas. Para él, el seguimiento de Jesús se mezcla con la admiración que siente por Íñigo y el deseo de vivir una vida apasionante.

Pasan los días encerrados. Esta vez un tribunal les examina exhaustivamente. Piden a Íñigo dar cuenta de sus enseñanzas, de la manera en que expone ciertos temas, le hacen muchas preguntas acerca del contenido de sus ejercicios espirituales... En todo responde con firmeza y sin vacilar. Sigue la reclusión, tres semanas

más, sin que haya respuesta. Finalmente hay una sentencia. El bachiller Frías le devuelve los papeles. Todo está en orden. Pero, de nuevo, tendrán que dejar de predicar sobre asuntos de moral. Más precisamente se les prohíbe tratar cuestiones relativas a lo que es pecado o no lo es durante cuatro años.

Tras esta decisión Íñigo sabe lo que tiene que hacer. Tiene que irse lejos. A donde no entienda la lengua. Donde no pueda entraparse. Donde le dejen en paz. Ningún sitio de España le servirá. ¿De qué valdría ir ahora a Santiago de Compostela o a cualquier otra universidad cercana? Seguramente se encontraría en unos meses de nuevo cuestionado o preso... Porque no puede resistirse a la gente que venga pidiendo ayuda. Decide ir a París. Entre las universidades europeas, es una buena opción. La mejor si se trata de estudiar artes, filosofía o teología. Sólo Bolonia, excelente en derecho civil y canónico tiene un nombre tan prestigiado como la universidad francesa. Pero en el horizonte de Íñigo no entran los derechos. Es la ciudad gala la que parece estarle llamando.

Sus compañeros aplauden la decisión. «¿Por qué no? Iremos a París». Sólo Juan se entristece, y les dice que no cuenten con él. Ha decidido hacerse monje. Quiere ser cartujo, esa es la vida que sueña. El joven, casi un chiquillo, se despide, con lágrimas en los ojos, de estos compañeros de ilusiones y sueños. Calixto, Cáceres y Arteaga secundan con entusiasmo a Íñigo. ¡París! Les parece un destino magnífico. Hablan atropelladamente. Otro país. Otra vida.

Finalmente se deciden. Íñigo irá delante. Buscará acomodo para todos. Abrirá camino. Y ellos le seguirán después. Seguramente, en su juventud, están seguros de que todo saldrá bien. Íñigo, que es más mayor, ya ha experimentado los extraños giros que da la vida. Sabe que los planes no siempre salen como uno los dispone. Pero también deja esto en manos de Dios. Él le ha dado compañeros. Él los mantendrá si quiere.

Si supiésemos todo lo que nos depara la vida no podríamos vivirla. Es mejor así. Ignorar. Esperar. Construir. Soñar y luchar por lo que uno quiere. Apostar, sin tener seguros los resultados. Saltar al vacío una y mil veces. Eso, en parte, es vivir. Estos cuatro hombres que ahora se separan no saben nada de ese futuro que todavía no existe. Ninguno de ellos, cuando se abrazan, en el Puente Romano, intuye que es la última vez que se ven. La despedida, emocionada, no es la de quien dice «adiós para siempre», sino sólo «hasta pronto». Están conmovidos. Han compartido muchos momentos buenos y malos, fatigas y alegrías, conversaciones hondas. Han hecho planes. Se quieren y se apoyan. Tienen aún tanto por hacer... Íñigo, al alejarse, siente una extraña emoción. Se va disminuyendo en el horizonte su estampa peregrina, mientras reza por estos muchachos. Pidiéndole a Dios que bendiga sus caminos hasta que, un día no muy lejano, vuelvan a encontrarse todos en París.

Cuando, ya instalado en la ciudad gala, quiera retomar el contacto con estos primeros amigos, encontrará que, lejos de él, sus propósitos se han desvanecido. Calixto, que ha compartido con Íñigo prisión y cadenas, terminará hecho un hombre acaudalado tras hacer

fortuna en las Indias. Tal vez, en alguna noche helada, ya viejo, mirará con nostalgia sus días de encierro y de cárcel, recordará sus días de una pobreza elegida que, por un tiempo, le hizo rico de otra manera. Quizá se pregunte entonces qué hubiera pasado si hubiese ido a París y un ligero estremecimiento le hará arrebuajarse en su capa. Después, con un brusco cabeceo, querrá apartar el recuerdo...

Cáceres no imagina, al ver alejarse al peregrino, que su propia vida terminará tan lejos de los planes que ahora, en su ingenuidad, cree fáciles de realizar. Al segoviano le ocurrirá lo contrario que a Íñigo. Si este se convirtió después de una vida azarosa y bastante mundana, el joven Cáceres hará el recorrido inverso. Sus ideales, sus creencias, su deseo de santidad han de dar paso a una vida disipada, más superficial, más frívola, ¿más vacía? Tal vez también algún día, ya mayor, buscando en su interior vestigios de hondura, se pregunte, con dolor, dónde está el chiquillo idealista y creyente que un día fue. A veces ocurre. ¿Por qué? ¿Cómo? Quién sabe. Uno deja de mirar a la fuente. O se enfrían los afanes del joven sin darles tiempo a cuajar en algo sólido. O un mal paso te lleva a otros, y al fin llegas a donde nunca imaginaste. Entonces llorará por todo lo que no ha sido. O fingirá indiferencia. O dejará que triunfe el olvido, ese aliado benévolo que nos libera de las memorias que duelen.

Arteaga tiene por delante un camino eclesiástico, pero no será esa vida soñada, con Íñigo y los otros, en Jerusalén. Será comendador, y más tarde obispo en las Indias. Allí morirá.

De nuevo está Íñigo en marcha. Es su imagen, en el trayecto de Salamanca a Barcelona, un poco distinta de la figura a la que estamos acostumbrados. Por una vez lleva cabalgadura, un pollino que le han proporcionado amigos en Salamanca, muy útil ahora que se mueve con algunos libros. De aquel caballero cristiano, pletórico y fuerte, que entrara en Montserrat, a este hombre sabio, que ha tocado simas y cielos, hay mucha distancia, muchos pasos, y lágrimas, y encuentros...

Estamos en septiembre de 1527. Menos de dos meses ha durado la tentativa salmantina. Una vez más sus pasos le encaminan a Barcelona, a sus amigos, para darles noticias y prepararse para la marcha francesa. Como de costumbre, los suyos, durante estos días, viven la doble sensación de alegría e incomodidad. Alegría por tener a Íñigo de vuelta. Isabel Rosel e Inés Pascual, el maestro Ardevol, Juan, las hermanas de Requeséns. Todos celebran con alborozo su llegada, pero reaccionan con reproche cuando les habla de su intención de marchar a París. Nada menos que atravesar a pie Francia. Un país enemigo en este momento. Las luchas de Carlos V y Francisco I no disminuyen. «Pero, Íñigo, ¿quieres acabar asesinado en cualquier vereda?». «Te quemarán vivo». «¿No es acaso tiempo de parar ya? Tal vez tu destino, tu vocación esté aquí, con nosotros». Vanas palabras, vanos intentos de disuadirle. Y de algún modo lo saben. Conocen el fulgor de la mirada de Íñigo cuando está decidido a algo. Su terco silencio. Su media sonrisa cariñosa que no oculta una férrea determinación. Les desarma la absoluta convicción con que asegura que Dios está detrás de sus pasos. Y ciertamente le creen.

Así que, tras unas semanas de reencuentro y alegrías, de paseos tranquilos, visitas y conversaciones largo tiempo deseadas por unos y otros, de nuevo emprende el peregrino su marcha. Solo y a pie. Al final ha decidido llevarse lo mínimo necesario. Acepta, eso sí, que sus gentes le envíen algo de dinero que le habrá de ayudar para pagarse el sustento y los estudios, al menos durante el primer año. Ha aprendido la lección. Es imprescindible poner los medios para alcanzar el fin, cuando uno entiende que el fin es lo que Dios le propone. Por ello el dinero, que en otro tiempo le quemara como fuego hiriente, lo acepta ahora, sin avidez pero sin incomodidad. A principios de enero de 1528 abandona la Ciudad Condal. La despedida es, de nuevo, emotiva. Íñigo es un hombre de encuentros y partidas. Lloran él, y lloran los suyos. ¿Por cuánto tiempo esta vez? ¿Qué va a hacer? El viajero infatigable, el buscador inquieto se encomienda a Dios al echar a andar. Esta vez tiene que funcionar. Más de cuatro años lleva persiguiendo un destino que se le ha escapado una y otra vez. El 2 de febrero de 1528, tras un mes de camino, entra en París.

La voluntad de Dios, mi voluntad, la libertad y otras circunstancias

Una y otra vez parece escabullírsele a Íñigo la voluntad de Dios. Jerusalén, Alcalá, Salamanca... le han ido cerrando las puertas. Pregunta, una y otra vez: «¿Qué quieres de mí?». Y cada vez la respuesta que intuye le

pone de nuevo en camino. Cuando cree poder asentarse, tiene que volver a partir. Prueba, y fracasa. Y en el proceso va descubriendo que su búsqueda es compleja. Mucho más de lo que pensara cuando se lanzó a esta vida peregrina. Pero no se rinde.

Buscar la voluntad de Dios... ¡Qué frase! ¡Qué meta! ¡Qué reto! Cuando Ignacio defina lo que son los ejercicios espirituales, reflejando su propio itinerario vital e interior, esta propuesta resonará con fuerza. Ejercicios espirituales, ocasión para prepararse, «para quitar de sí mismo las afecciones desordenadas, y buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de la propia vida» (EE.EE. 1).

Buscar la voluntad de Dios. Una propuesta inmensa y difícil al tiempo. ¿Nunca te lo has preguntado? ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Nunca te lo ha planteado alguien, llenándote de incertidumbre? «En la vida te conviene buscar la voluntad de Dios...». Y tú te quedas ahí plantado, con cara de susto, preguntándote cómo se hará eso, y en qué consiste esto de la voluntad de Dios. Te inquieta pensar que te falta una sensibilidad especial que otros sí parecen tener, para detectar, sentir, descubrir y ver claramente que Dios quiere que hagas esto y no esto otro.

Es semejante a lo que ocurre cuando la gente pregunta por esto de la vocación, y mitifica «la llamada», como si se tratase de tener línea directa con Dios, que con inconfundible claridad te va a decir: «Ahora haz esto», y «ahora lo otro». En realidad no es tan claro, ni tan explícito, al menos no en la mayoría de los casos. Y el mismo ejemplo de Íñigo nos lo deja ver.

Íñigo también busca la voluntad de Dios. De alguna manera dicha voluntad ya está definida: «Ayudar a los prójimos». Las concreciones dependerán de tantas cosas... ¿Era voluntad de Dios que fuese a Alcalá, a Salamanca, a París...? ¿O son, más bien, las opciones de Ignacio, dejándose guiar por el Espíritu y tratando de concretar esa voluntad básica que, con tanta claridad, se ha manifestado para su vida?

Conviene huir de una imagen demasiado pasiva de las existencias. Como que Dios fuese el que maneja los hilos y nosotros sólo marionetas que tenemos que dejarnos mover. A veces resulta excesivo pensar que Dios «quiere» que hagamos tal o cual cosa: ¿Me compro esto o no me lo compro? ¿Hago este viaje o no lo hago? ¿Leo este libro o este otro? Dios quiere que vivamos conforme al evangelio. De esto se trata. En realidad la voluntad de Dios no anula nuestra voluntad, ni nuestra libertad, sino que pasa por ellas. Lo que Dios quiere y sueña, para la vida de cada ser humano, es la capacidad de vivir con dignidad y —supuesta la dignidad de las situaciones humanas— abiertos a una trascendencia que nos devuelve al mundo para vivir en él construyendo el Reino; de acuerdo con la lógica de un amor que se refleja en Jesús de una forma definitiva: el amor pascual. Cada uno de nosotros, en función de nuestra vida, educación, carácter, historia y circunstancias, lo vamos concretando, descubriendo cuál es la opción en la que más en plenitud podemos vivir esa vocación común. Dejándonos guiar también por lo que el Espíritu de Dios suscita en nosotros.

En nuestras opciones, nuestra familia, nuestros

trabajos, la manera en que elegimos vivir... (sí, también se trata de elecciones personales), buscamos esa voluntad de Dios. Pero una voluntad que pasa también por nuestra propia voluntad —seducida por el evangelio— y nuestra libertad. De esto se trata en definitiva. ¿Hay una vocación para mí? Sí. Esa vocación común de la humanidad querida y creada por Dios; y una concreción particular, exclusiva, mía; que tiene mucho que ver con mi manera única y definitiva de ser, de amar, de sentir, de vibrar y de luchar, en el contexto y tiempo en que me ha tocado vivir.

¿Cómo encontrarla? Ahí es donde intervienen nuestra capacidad de arriesgar y de buscar, nuestra disposición a escuchar (fuera y dentro de uno) tratando de ver cómo resuenan ciertas cosas, qué sentimientos y pensamientos despiertan, cómo, en el fondo, determinados pasos te ponen en un camino y en ese camino creces y cambia el mundo contigo. Para mejor.

Y ahí tenemos a Íñigo. Buscando esa voluntad. Tratando de decidir, una y otra vez. Preguntándose, adónde le está conduciendo Dios, qué nombres, qué rostros, qué historias le esperan. Moviéndose entre la intuición y la fe, entre la búsqueda y el deseo, entre la esperanza y la respuesta.